

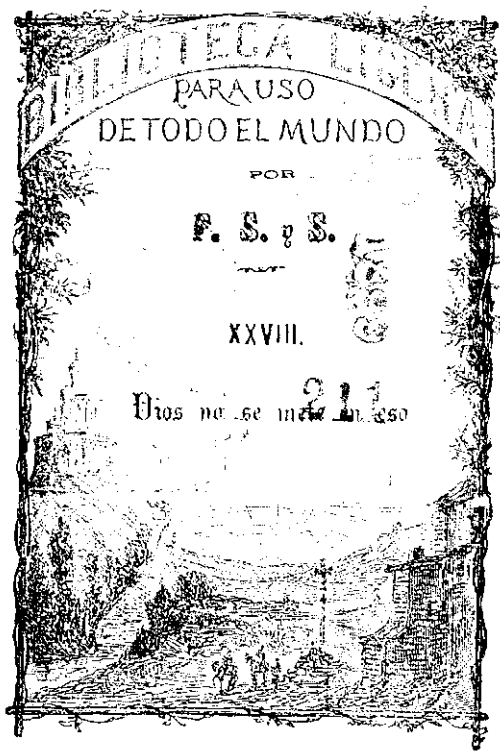
BIBLIOTECA LISI
PARA USO
DE TODO EL MUNDO

POR

F. S. y S.

XXVIII.

Dios no se mide ²¹¹ en eso



CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

Es propiedad.

OBRAS Y OPÚSCULOS

por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.

¡ Al sermón! — 13 cénts.

Apostolado seglar (El), ó Manual del Propagandista católico en nuestros días. — 1'50 ptas. en rústica, y 2'00 en tela.

Aquellos polvos... (De), ó sea, influencia de la destrucción de los conventos en el desarrollo del Socialismo español. — 8 cénts.

A una señora... y á muchas. — 8 cénts.

Bien ¿y qué? Reflexiones cristianas para aliento de los débiles y confusión de los malvados, en épocas de persecución. — 15 cénts.

Café y billar. — 10 cénts.

Caracteres de la lucha actual. — 10 cénts.

Casa y casino. — 10 cénts.

Clero (El) y el pueblo. — 20 cénts.

Cosas del día ó respuestas católico-católicas á algunos escrúpulos católico-liberales. — 18 cénts.

R. 3531082

DIOS NO SE METE EN ESO.

Es esta la cantinela con que respon-
de á todas mis observaciones un
mi amigo, listo, franco y corriente en
todo lo que Vds. quieran, pero á la
verdad... en Religión un tantico des-
cuidado y olvidadizo.

—Juanito, que no fué V. ayer á
Misa con ser día de obligación.

—Vaya, Padre capellán, que no soy
monja, y Dios no se mete en esas frioleras.

—Por Dios, Juan, que la palabra
que soltó V. ayer tarde en aquel corri-
llo de compinches no fué decente ni
crisitana.

—¿Esas tenemos? ¿que no se le puede permitir á la juventud un chiste verde ó colorado? No sea V. aprensivo, que en esas tonterías no se mete Dios.

—No comprendo, Juanito, cómo tiene V. en su librería esos autores malditos, enemigos jurados de la verdad y de la sana moral. ¡Y aquellos cuadros que acaba V. de colocar en el comedor! ¿Y la estatua aquella del jardín? Apuesto en cambio á que no ha cumplido V. todavía con el precepto pascual, ni guarda abstinencias, ni reza poco ni mucho, ni...

—¡Bah! ¡bah! ¡Y con qué requilorios y zarandajas me va saliendo ahora vuesa paternidad! ¿Si creará vuesa merced que nací para capuchino? Vaya, déjeme en paz, mi buen curita con humos de inquisidor, que ya sé yo que Dios no se mete en tantas menudencias.

—¡Cáspita con el D. Juan de mis pecados! ¿Pues no me dirá su merced con toda la ilustración moderna de que es acabado ejemplar, en qué cosas se mete Dios si en nada de eso se mete?

—Voy á decírselo á V., mi buen capellán, que, aunque no sacada de las aulas, tengo yo también sobre esto mi poca ó mucha teología. Creo en Dios, como V. sabe bien; pues el ateísmo me ha parecido siempre, de todos los desvaríos del humano caletre, el más tonto y el más animal. Nunca he oído de labios de un ateo una razón que valga dos cuartos. En cambio el argumento fundamental en pro de la existencia de Dios, eso de que el mundo existe y funciona su máquina, y que alguien le debió de criar y debe aún hoy de estar dándole cuerda... eso, sencillo y tosco como es, no lo desmiente el más pintado. Reconozco tam-

bién, además de la existencia del Sér supremo, su sapientísima providencia, la veo en el orden de todo lo criado, exacta en todos sus movimientos como el más concertado reloj; la reconozco en los grandes sucesos de la historia, presidiendola sus variadas evoluciones, armonizando siempre con el libre albedrío del hombre los medios mil con que conduce á sus misteriosos destinos la marcha de la humanidad. Tengo de Dios esa idea grande, majestuosa, sublime, que se aprende contemplándole en el gran espectáculo de la naturaleza y en el estudio de los problemas sociales. Pero, francamente, la rancia moral de Vds., amigo mío, y su teología, buena sola para chiquillos y beatas, empequeñece la idea del Supremo Hacedor, achica su grandiosa imagen para acomodarla al reducido marco de las inteligencias mezquinas

y apocadas. El Dios que habla en el trueno, y hace brillar su mirada en el rayo, y hace sentir su mano en las grandes catástrofes que deciden de la suerte de los imperios, viene á resultar tamañito, y chiquitín y casi ridículo, cuando me lo pintan sus libros de V. entretenido en examinar si se fija mi imaginación en eso ó en lo de más allá, si voy ó no voy á Misa mañana, que es día de ella, ó si comí carne ó pescado ayer que traía vigilia el calendario. Lo dicho, amigo mío: tenga V. de la Divinidad concepto más elevado. Se lo diré en latin, por ser más del gusto de V.: *Aquila non capit muscas.*—

Dejéle navegar viento en popa á mi apreciabilísimo D. Juanito por el mar de sus nuevas y flamantes disertaciones teológicas, y en cuanto dió señales de haber concluido su brillan-

te perorata.—¡Vaya, le dije, mi buen amigo, que se va saliendo V. todo un Víctor Hugo ó un Emilio Castelar, según lo que habla V. á la alta escuela! Pues, sépase, amigo, que con ser yo un pobre cura de por ahí, les doy á mis chiquillos de la doctrina, y á mis beatas, como las llama V., idea más grandiosa y elevada de Dios que la soñada por V. en esos raptos y éxtasis poéticos que tanto se parecen á poéticos disparates. Oígame V. algunos minutos mi prosa pedestre y casera, y apelo luego á su buena fe y regular buen sentido.

Me dice V. que Dios no se para en lo pequeño y ruín de acá abajo, ó sea en las miserias personales de cada uno de nosotros, y que su elevada atención sólo se fija en los grandes fenómenos de la naturaleza y en los trascendentes acontecimientos de la historia.

Eso que es grande le parece á V. realmente digno de la grandeza de Dios: lo demás se le figura á V. que le empequeñece y achica en nuestro concepto. En sustancia ¿ha venido V. diciéndome eso ó nó?

—Justo y cabal.

—Pues aquí entro yo, y digo que tiene V. de Dios una idea muy ruin y mezquina cuando mide su inteligencia y poder únicamente por la inteligencia y poder de V., suponiendo que puede haber para Dios esa diferencia de grande y pequeño, que sólo existe en realidad para nosotros, y que en ninguna manera existe para Él. Sí, señor: están tan altos, tan altos el poder y la sabiduría de Dios, que para Él lo mismo son grano de mostaza las catástrofes de los imperios más famosos, que el resbalón que he dado yo esta mañana al salir á la calle; lo mismo

interesa su soberana atención el volcán ardiente que sepulta en cuatro bocanadas dos ó tres ciudades, que la caída de una hoja que hace rodar por el suelo la brisa otoñal. Esas diferencias de más pequeño ó más grande sólo existen en relación con nuestro mezquino modo de ver las cosas. Para la inteligencia infinita es microscópico cuanto existe, y la diferencia que hallan nuestros ojos entre un suceso que interesa á toda una nación y el otro que afecta á un solo individuo, habida razón de la desproporción inmensa en que están con respecto á Dios podemos decir que se halla nivelada por el mismo rasero. Aun aca nosotros, cuando miramos un paisaje desde extraordinaria altura, vemos desaparecer en cierto modo la desigualdad de las montañas, pareciéndonos que se alzan todas á un mismo nivel, ó mejor que

no se alzan poco ni mucho de la plana superficie del horizonte. He aquí una débil imagen de lo que es todo lo criado, así en el orden físico como en el moral, á los ojos de Dios. Soy yo, pues, y es conmigo el Catecismo quienes tenemos de Dios una idea nobilísima, grandiosa y elevada. Es V. quien la tiene mezquina y hasta cursi, si se me tolera la expresión.

De lo que saco, amigo mío, una aplicación práctica que va derecha á la muletilla que tan frecuentemente le oigo á V. para justificar, ó excusar siquiera, sus culpables negligencias. A cada paso se le oye decir á propósito de cualquier falta en que se le atrapa: «¡Bah! Dios no se mete en eso.» Pues óigalo V., amigo mío, y guárdelo como axioma de infalible verdad, aunque algo amargue su paladar. Dios se mete en todo, y no hay cosa chica ni gran-

de (según las distinguimos nosotros) que escape á su jurisdicción. Es Dios de las naciones y de los individuos, de las almas y de los cuerpos, de los astros del cielo y de los más ocultos pececillos de la mar. Así como ha legislado sobre el orden de las estaciones y sobre el curso de los planetas, ha legislado sobre el vuelo del mosquito que zumba en el aire y sobre la imperceptible respiración del gusanillo vil que aplasto con mis piés. Y en el orden moral vela sobre los grandes crímenes de los reyes y de los pueblos, como sondea el pensamiento culpable, el mal deseo, lá perversa afición que se anidan en el más obscuro retiro del más olvidado y desconocido de los mortales. Porque es infinito, porque es inmenso, porque es omnipotente y omnisciente, no le escapa, ni la más disimulada dirección de mi pupila hacia

un objeto bueno ó malo en que me plazca fijarla, ni sílaba á medias pronunciada, que sólo escucha el amigo en cuyo seno la voy á depositar, ni el movimiento más recóndito de cualquier pasión mia de la que apenas me doy cuenta yo mismo en el secretísimo santuario de mi conciencia. Así es Dios, así es su suprema inspección sobre sus criaturas, así es la grandeza de su majestad, ante quien dicen los Libros sagrados están patentes y al descubier-
to todas las cosas.

Dios se mete, pues, en todo, amigo mío; y si fuese posible probar que en algo no se mete, valdria más creer que no se mete en nada; que no hacer depender los objetos que ocupan su soberana atención de la pequeñez de nuestras mezquinas clasificaciones. Todo se refleja en el clarísimo cristal de su infinita inteligencia, ó es Dios un vano fantasma, solitario allá en la re-

gión de las nubes, sin cuidado alguno por el mundo que crió, sin sanción alguna de premio ó de castigo para el orden moral que por El fué establecido. Un Dios así, no creo, Juanito, que entre tampoco en su brillante teología de V. ¿No es verdad, amigo mío?

—Cierto, cierto. Pero la verdad es que lo que enseña V., Padre cura, á ser verdad, trae muy metida en cintura á la humana conciencia! ¡Y yo que me las pinté siempre de muy liberal y de muy celoso de mi particular autonomía!

—La verdad es, mi buen amigo, que esa decantada libertad liberal, soberanía popular, autonomía individual, y otras palabrotadas que tan revuelto han traído el mundo moderno de un siglo acá, son otras tantas herejías é insensateces, que ni en buena filosofía cristiana, ni en buen sentido común, se puede sostener más que por ilusos ó por malvados. No hay átomo

en el hombre que no dependa de Dios, ni escondrijo el más oculto y repuesto en el fondo de su conciencia que no esté sujeto á su -escrutadora mirada. La frase «Dios no se mete en eso,» aplicada aunque sea á lo más insignificante en el orden moral, es ridícula y necia además de ser blasfema.

—Pues aseguro á V. que está muy en boga.

—Lo comprendo perfectamente, porque es muy cómoda, y permite al individuo andar, y moverse, y solazarse con gentil desembarazo. Pero, por Dios, amigo Juanito, esas circunstancias de comodidad y holgura pidaselas V. á su sastre para su levita ó pantalón, ó á su zapatero para sus elegantes botitos: nó al moralista ni al legislador para sus reglas de conducta. En moral y en Religión no se busca lo cómodo y lo holgado, sino lo justo y lo verdadero. Precisamente, regla de moral que

no apriete algo no es posible encontrarla, por vueltas que se le dé al asunto. La ley es siempre una limitacion de la libertad humana, y toda limitacion arguye necesariamente cierta esclavitud, á la que de buen ó mal grado hay que someterse.

Si deplorable es la conducta de los indiferentes ó descuidados que pretenden justificar su desidia y flojedad con el socorrido comodín de que Dios no se mete en sus cosas, síguese de ahí lo recomendable que es bajo todos conceptos el procedimiento contrario, que en la vida espiritual se conoce con la tan expresiva fórmula, *tener presencia de Dios*. Aun para los que no aspiran á las cumbres más altas de la perfeccion cristiana, aun para los llamados á vivir sencillamente en el camino real de la vida buena, ordinaria y común, es éste á buen seguro el documento de mayor importancia.

Mira que te mira Dios,
mira que te está mirando,

dice con enérgica sencillez y profunda filosofía una de nuestras antiguas coplas populares, y efectivamente es difícil decir más en menos palabras. Porque quien considere á todas horas que le está mirando Dios, que no le pierde de vista su ojo perspicacísimo, que no se pára El en la superficie y en el exterior de nuestro rostro como los hombres, á quienes es tan fácil engañar con estudiados disimulos, sino que ahonda dentro, muy adentro hasta lo último del corazón: quien eso crea como debe creer por la fe y por la razón, y quien eso reflexione de vez en cuando atentamente, ¿cómo puede permitirle á su pie ó á su mano, á su lengua ó á su ojo, á su imaginación ó á su corazón, movimiento alguno que no esté muy conforme y ajustado? Que si la presencia de un amigo ó de un

extraño basta para que, siquiera mientras andamos delante de ellos, procedamos con cierto cuidado y nos abstengamos de ciertas franquezas y libertades, ¿cómo no hemos de andar muy compuestos y remirados, sabiendo que tenemos al lado siempre y en perpetua observación tal soberano testigo de vista? Y más si se atiende que no es solamente testigo que debe un día prestar declaración en favor ó en contra de nosotros, sino que es el mismo Juez que nos ha de hacer dentro pocos años (que muchos no pueden ser) severa y rigurosa justicia. ¡Ay, amigo mio! que la frasecilla «Dios no se mete en eso» resulta muy ruin y muy baladí, y muy poco tranquilizadora al frente de esta otra grave é imponente como la eternidad: «¡Lo ve todo Dios que me ha de juzgar!»

A. M. D. G.

Chimenea (La) y el campanario.—18 cs.
Desheredados (Los).—8 cénts.

**Devoto ejercicio de desagravios para
res días de Carnaval.**—6 cénts.

Dinamita social (La).—18 cénts.

Dinero (El) de los católicos.—25 cénts.

Diversiones (Las) y la moral.—33 cénts. en
rústica, y 88 en tela.

Dogma (El) más consolador.—13 cénts.

El espíritu parroquial (El).—25 cénts.

Filosofía de la Mortificación.—1.^a y 2.^a
parte, los dos opúsculos, 25 cénts.

Frailes de vuelta (Los).—13 cénts.

¿Hasta teatro?—10 cénts.

¿Integristas?—15 cénts.

Laiicismo católico (El)—10 cénts.

Liberalismo es pecado (El). Ouestiones
candentes.—En 4.^o, 1 pta. en rústica, y 1'75 en tela.
El mismo en 8.^o, traducido al catalán, 75 cénts. en
rústica, y 1'25 ptas. en tela.

Lourdes.—Reflexiones sobre las maravillas de
Nios y de su Santísima Madre.—10 cénts.

**Luz y espejo de Jóvenes cristianos, ó
8 principales de la fisionomía angélica de San
Jula Gonzaga, para instrucción de la juventud de
nuestro siglo.**—50 cénts. en rústica, y 1 pta. en tela.

Malos periódicos (Los).—8 cénts.

Mal social (El) y su más eficaz remedio.—8 cs.

**Mano negra (La), ó polluelos de la última
eria liberal.**—10 cénts.

Masonismo y Catolicismo. Paralelos entre
la doctrina de las logias y la de nuestra Santa Igle-
sia católica, apostólica, romana, única verdadera.—
50 cénts. en rústica, y 1 pta. en tela.

Mes de Junio dedicado al Sagrado Corazón de Jesús: breve, sencillez, práctico, acomodado á toda clase de personas.—33 cénts. en rústica, y 75 en tela. Edición fina con una estampa del Sagrado Corazón, 75 cénts. en rústica, y 1'75 ptas. en percalina y canto dorado.

Mes de Marzo dedicado á San José.—En 16.º, 30 cénts. en rústica, y 60 en tela.

Mes de Mayo consagrado á la Madre de Dios.—En 16.º, 30 cénts. en rústica, y 60 en tela.

Montserrat. Noticias históricas. Idea de la, célebre montaña y Santuario.—En 8.º, 6 cénts.

Negaciones (Las) de San Pedro.—En 8.º 6 cénts.

Nimiedades católicas.—En 8.º, 10 cénts.

¿No es hora todavía?—10 cénts.

Novena á la Inmaculada Virgen María, patrona de España.—En 16.º, 15 cénts.

Novena (Devota) á la Virgen en cualquiera de sus Santuarios.—En 16.º, 25 cénts.

Novenario (Devoto) á la Reina de los cielos en el misterio de su gloriosa Asunción.—En 8.º, 14 cénts.

Octavario á Cristo resucitado, para alcanzar la conversión de los que no cumplen el precepto pascual.—En 16.º, 13 cénts.

Octavario devoto al dulce Niño de Belén en el Santísimo Sacramento.—En 16.º, 13 cénts.

¿Para qué sirven las monjas?—En 8.º, 18 cénts.

Dirigirse á D. Miguel Casals, calle del Pino, 5, Barcelona.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona.—1899.